

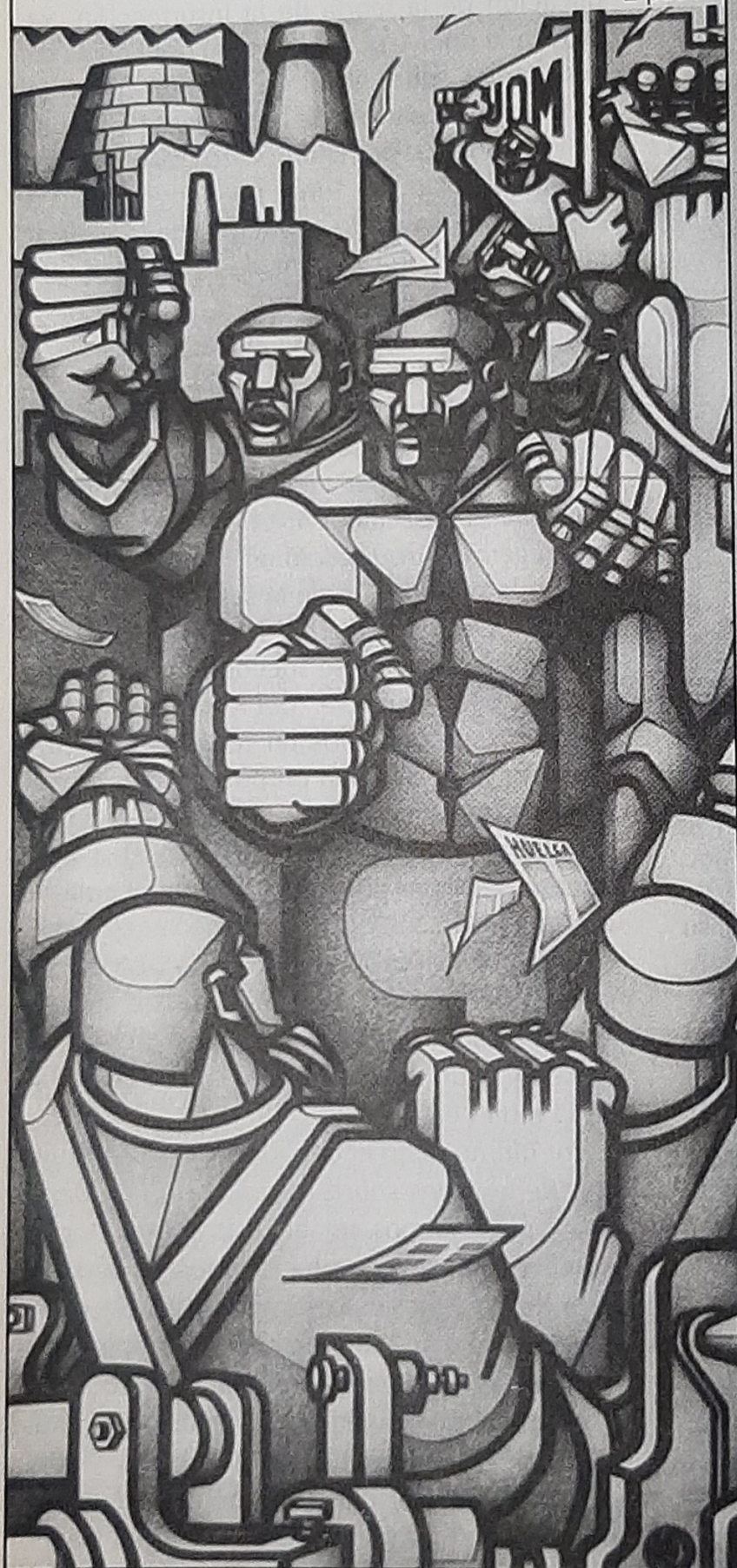
La Comuna

Nº 4
Junio
de 2001

Revista ideológica del Partido
Revolucionario de los Trabajadores



2 pesos



Página 2

Editorial

Páginas 3 y 4

Sobre la insurrección: contenido y preparación

Páginas 5 a 10

Del *Rodrigazo* al blindaje (II)

Páginas 11 a 13

Reflexiones sobre los años de la guerra fría

Páginas 14 y 15

La Comuna de París

Página 16

Lenin y la formación de cuadros

Presentamos el cuarto número de “La Comuna”, a un año de su aparición, con una explicación de la teoría de la insurrección, ya esbozada por Marx y sobre todo por Engels en sus escritos sobre el rol de la violencia en la revolución, desarrollada luego desde el punto de vista político por Lenin. Otros revolucionarios como Mao Tse Tung, Vo Nguyen Giap y el Che han avanzado a la teoría de la violencia revolucionaria a partir de la práctica que ellos mismos desarrollaron.

En el artículo que publicamos, “Sobre la Insurrección, Contenido y Preparación”, nos hemos limitado a analizar aspectos leninistas de la teoría insurreccional, aplicados a la actual etapa de “globalización”, y hemos opinado sobre el desacato a nivel popular y social, como germen insurreccional.

Con la publicación de la segunda parte del trabajo “Del Rodrigazo al Blindaje” (que por la velocidad en que se suceden los acontecimientos pudo llamarse “del Rodrigazo al Negacanje”), proponemos un repaso de las luchas por la hegemonía en nuestro país, entre diversas fracciones burguesas, desde la caída del gobierno militar (1983) hasta el avènement del auge privatizador en los comienzos de los ‘90.

Presentamos otro capítulo de la historia de la heroica Comuna de París, con los juicios que el episodio mereció por parte de Marx y de Lenin, y un apartado sobre la participación de la mujer en la gesta.

Por último, bajo el debatido y dudoso título de “Reflexiones sobre los años de la Guerra Fría”, presentamos un análisis sobre lo que significó para los revolucionarios de todo el orbe, la Revolución Rusa y la presencia de la URSS en el enfrentamiento con las potencias capitalistas, incluyendo un juicio crítico sobre la postulación soviética de la teoría de las contradicciones políticas antagónicas vigentes en el mundo, particularmente durante la guerra fría y hasta la caída de la propia URSS.

Sobre la insurrección: contenido y preparación

Es innegable el derecho de los pueblos a rebelarse contra los poderes constituidos, insurreccionándose como lo han hecho innumerables veces en el curso de la historia. Tengamos en cuenta que el 25 de mayo de 1810 el pueblo de nuestra patria se insurreccionó contra el dominio español en forma no armada, y luego los pueblos de América lo hicieron en todo el continente a través de la guerra de liberación, hasta el triunfo definitivo en la batalla de Ayacucho del 9 de diciembre de 1824.

Desde luego, en el concepto de insurrección no incluimos a los numerosos golpes de Estado que se han producido en el mundo entero, sino a los levantamientos de las masas contra los poderes constituidos. Durante los siglos XVIII y XIX (salvo en la Comuna de París) la burguesía se constituyó en la vanguardia de las revoluciones capitalistas, papel que hoy asume el proletariado en aquellos países con suficiente desarrollo.

En un sentido estricto, la insurrección constituye la etapa culminante de una revolución y consiste en la disputa activa del poder del Estado, que necesariamente se llevará a cabo por las armas.

Naturalmente que para que ello ocurra tendrán que estar dadas las condiciones necesarias. Cuando ellas se hallan maduras nos encontramos ante lo que se ha dado en llamar una “situación revolucionaria”.

Sin duda ha sido Lenin quien más ha estudiado el tema, desarrollando una “teoría de la insurrección”, que fue llevada a la práctica en octubre de 1917. El explica en detalle el concepto adelantado por Marx y Engels en “Revolución y contrarrevolución en Alemania” de que “la insurrección es un arte cuya regla principal es la ofensiva encarnizadamente audaz, implacablemente decidida”.

Lenin parte del principio de que, para que el proceso desemboque en una exitosa insurrección generalizada, resulta necesario que el proletariado se ponga al frente del proceso. A la idea insurreccional de Lenin le es ajena toda concepción aventurera: “Nunca se lanzará el proletariado, por lo tanto, a ciegas, a la insurrección, sino que se atacará únicamente después de haber llevado a cabo su movilización general, estudiado el terreno de lucha y controlado la efectiva (y no la presunta) eficiencia de su estructura” (citado por Emilio Lussu en “Teoría de los procesos insurreccionales contemporáneos”). Continúa diciendo Lenin: “Los reformistas creyeron en el Estado como organización suprema que trasciende a las clases, aún cuando lo defienden los mariscales del Imperio y, en su manos, el Estado fue como una carabina que se empuña por el caño”. Contra esta concepción tímida de los reformistas, advierte sobre la necesidad de una psicología revolucionaria opuesta por principio a la mentalidad legalista.

Es decir -agregamos-, la falta total de reconocimiento (y por lo tanto de respeto) en el seno de las masas combativas a los principios jurídicos impuestos por la burguesía, entre los que se cuentan, principalmente, el Estado y sus instituciones gubernamentales: Poder Ejecutivo, Judicial y Legislativo. Sólo así, echando por la borda ese respeto, marcado a fuego en la conciencia de las masas populares por la ideología burguesa, podrán aquellas no sólo rebelarse, sino luchar hasta liquidar y reemplazar a la legalidad preexistente. Dice Lenin que “ninguna insurrección es posible si las clases dirigentes no atraviesan por una aguda crisis política, se muestran incapaces de gobernar y si el descontento y las crecientes privaciones no impulsan a la revuelta a las clases oprimidas. Sólo estos elementos configuran una situación revolucionaria, indudablemente favorable. Pero ellos

no desembocan en la insurrección si no coinciden con la capacidad revolucionaria de las masas y de sus cuadros. En otras palabras, sólo es posible la insurrección si concurren a su favor las condiciones objetivas y subjetivas. Jamás la insurrección se puede hacer en frío, por encargo”.

Utilizando la fórmula resumida clásica de la teoría leninista, existe una situación revolucionaria “cuando los de arriba no pueden y los de abajo no quieren”. Pero esta situación no aparece de un día para otro, sino que se va gestando a través del tiempo y de las contingencias políticas.

Ocurre muchas veces que los de arriba todavía pueden, pero, a pesar de contar con elementos para actuar, éstos les generan múltiples dificultades políticas que los limitan en su accionar. La etapa de “globalización” capitalista obliga a una caída del nivel de vida del pueblo, sobre todo de los países periféricos. Poco pueden hacer los gobernantes que se someten al designio de la gran oligarquía financiera internacional, como ocurre en nuestro país. Dejan de cumplirse todas las promesas electorales; gobierno y oposición se atrincheran en defensa de las prebendas que les otorga el poder financiero, y las masas populares empobrecidas agotan su credibilidad en la llamada “clase política”. Los períodos electorales, que hasta hace poco eran las delicias de los partidos de la burguesía, hoy, ante el cuestionamiento de la sociedad, son vistos con temor, vaciados de expectativas.

A la vez, en el otro polo de la contradicción, ocurre que “los de abajo” comienzan a no querer; al principio se advierte el fenómeno en la resistencia individual a las exigencias, abusos y atropellos del poder. Luego aparece lo que los medios denominan “desobediencia civil”: ciertos sectores se niegan a cumplir los mandatos legales. Más adelante se impide por la fuerza la efectivización de determinadas medidas; lo hacen grupos de ciudadanos en distintos puntos del país, ante situaciones concretas. Van aprendiendo así que la única manera de que el pueblo consiga algo es mediante el enfrentamiento al poder instituido.

Este “no querer” no implica –por supuesto– que estemos frente a una insurrección, pero si nos apartamos de su significado militar, para otorgarle el sentido de oposición intransigente a la mentalidad legalista (como decía Lenin), podemos hablar de un “estado de ánimo insurreccional”.

En definitiva, utilizamos la expresión “preparación de la insurrección”, cuando los de arriba tienen dificultades para “poder” y los de abajo han comenzado –en episodios cada vez más numerosos– a “no querer”.

Si consideramos insurreccional el desconocimiento a la autoridad del sistema, podríamos decir que son insurreccionales el desacato a las órdenes injustas; el que las masas tomen las soluciones en sus propias manos y que lo hagan cada vez en más situaciones concretas; no hablamos de un desacato individual, sino social.

Desde este punto de vista, se insurreccionan las masas cuando cortan un puente, una ruta, o desobedecen una norma injusta. Se insurreccionan los obreros cuando toman una fábrica desafiando a los patrones, al sindicato y al Gobierno. Se insurreccionan los pueblos cuando asumen, por sí y para sí, la justicia y el cuidado de bienes y personas. Con una visión política serían insurreccionales los miles de ejemplos de desobediencia popular que aparecen día a día en nuestro país. También son ejemplos de lo mismo, las luchas autoconvocadas que, desconociendo la autoridad del sistema, no piden sino que exigen, y a veces imponen, soluciones.

Estas situaciones, que podríamos llamar “insurreccionales” por su espíritu y que ocurren a lo largo y a lo ancho del país, son numerosas; pero no dejarán de ser ocasionales mientras no se haya llegado a un “no querer” a nivel nacional.

Las actividades que venimos ejemplificando y muchas otras generalmente son espontáneas. Para que el espíritu insurreccional se transforme en una insurrección a nivel nacional sería imprescindible un proyecto político que acumule la lucha del pueblo acaudillado por una vanguardia clasista que organice la desobediencia, la oriente políticamente, evitando que se llevasen adelante acciones costosas cuando no favoreciera al pueblo la correlación de fuerzas, y las impulsara cuando existiera la oportunidad de hacer retroceder a las fuerzas del sistema.

Lenin dice que “la insurrección no puede basarse en un “complot”, ni en un partido, sino en la vanguardia clasista, la cual, a su turno, debe apoyarse en el empuje revolucionario de todo el pueblo”. Con mayor razón, en la etapa de preparación estaría fuera de la realidad hablar de “plan” de insurrección. Se trataría, en todo caso, de implementar una política insurreccional.

Del Rodrigazo al blindaje

Parte II: De la legalidad burguesa a la hiperinflación (1983-1990)

1. Introducción

La derrota militar y política ocurrida en la Guerra de Malvinas (1982) se extendió con rapidez a las relaciones de poder económico. El proyecto de hegemonía burguesa bajo la dirección de una cúpula militar derrotada en una guerra comenzó a manifestarse como inviable. La delegación del poder por parte del capital financiero unificado en esos años para imponer un cambio de modelo económico-social opuesto a los sectores industrialistas necesitaba ahora de una nueva instancia política. Las diferentes visiones respecto de cómo resolver esta cuestión abrieron una brecha dentro de los intereses del bloque burgués, situación que por lo tanto implicaría un importante cambio respecto a cuáles serían los ‘negocios’ de largo plazo viables en Argentina. Retomando la idea que nuestro análisis estructural-histórico del modelo económico-social intenta principalmente dar cuenta sobre los procesos económicos que actúan como condicionantes de la situación presente, hay que marcar los principales efectos estructurales de las medidas económicas tomadas décadas atrás. Debe señalarse que los hechos más importantes en relación a la situación de lucha interburguesa que corresponden al primer período de análisis (1975-1982), desarrollados en el número anterior de La Comuna, son:

- a) El desarrollo en extensión y profundidad del mercado financiero;
 - b) La pérdida de poder económico de las fracciones burguesas ligadas al mercado interno con su impacto sobre las condiciones de vida del movimiento obrero;
 - c) El desarrollo de premisas materiales y culturales para la liquidación del poder del Estado nacional sobre la economía; y
 - d) El creciente endeudamiento externo como mecanismo de control político y social.
- Asimismo, resulta central señalar que las nuevas condiciones de poder expresarán una estrategia económica que se instalará definitivamente “por encima” de todas las transitorias opciones electorales alternadas desde 1983.

2. Una nueva “legalidad” burguesa. Un pacto táctico en condiciones de régimen democrático-burgués

Sin duda, las condiciones de estancamiento de la economía entre 1981 y 1983 fueron el resultado de la tensión que produce la gestación de nuevas relaciones dentro del bloque de poder. Una revisión básica de los 5 años que antecedieron a la Guerra de Malvinas (1977-1982), nos muestra ramas enteras de la producción y fracciones sociales subordinadas a los avances de la estrategia financiera. En esos años, el liderazgo financiero estuvo en manos de algunos de los principales grupos económicos locales. El acelerado proceso de centralización y concentración del capital provocó una caída en las condiciones de vida del pueblo argentino, lo que generó descontento y movilización política creciente, con su punto más álgido en la manifestación de la CGT del 30 de marzo de 1982.

En este escenario, la idea de una dirección burguesa unificada en un solo mando parecía ya una estrategia insostenible. Se hizo entonces necesaria la rápida recuperación estratégica del “parlamentarismo burgués”, actuando de aquí en más no sólo como el

modelo más acorde para la dominación burguesa, sino como una instancia imprescindible para la legalización de lo actuado en la gestión Martínez de Hoz. Uno de esos puntos centrales fue la “estatización” de la deuda externa privada.

Otro factor importante para destacar de este período, es el complejo contexto financiero regional desencadenado luego de la moratoria unilateral de México en 1982, situación que determinó para las economías latinoamericanas el drástico corte del financiamiento externo junto a significativos compromisos de ajuste orientados a la cancelación de las deudas externas que los bancos internacionales exigían.

En el plano local, la característica de este período serán las violentas disputas por cuál será la fracción del capital financiero capaz de convertirse en la administradora del modelo Capitalista Monopolista de Estado. La intensidad de la lucha intercapitalista implicó una década de estancamiento y de alta inflación que llegó a su máxima expresión con la primera “hiper” (junio/julio de 1989) hasta alcanzar un nuevo récord en marzo de 1990 con una tasa de inflación del 200% mensual.

3. La “economía de guerra”

Las condiciones de conciliación política y económica del gobierno radical sólo duraron un año pese a la fuerte expectativa popular en la ocurrencia de cambios. La aplicación de algunas recetas clásicas orientadas a la reactivación del mercado interno hicieron rápidamente crisis. Hacia fines de 1984 se acaba el programa “populista” básico orientado a reactivar la economía vía el aumento de salarios nominales y por medio de acuerdos de precios. La dinámica económica en el marco de la lucha interburguesa determina exponenciales tasas de inflación que deterioran rápidamente los ingresos populares.

En noviembre de 1984 y a menos de un año del retorno a la democracia burguesa, el presidente Alfonsín lanza públicamente la que será la consigna líder de aquí en adelante en materia de política económica que es la “economía de guerra”, representando el primer quiebre importante de la democracia burguesa conquistada después del “Proceso”.

Durante la siguiente década, la expresión económica de esta consigna será una sostenida caída de la capacidad de consumo del mercado local en beneficio de las exportaciones generadoras de ingresos orientados al pago de la deuda externa. Los planes para desarrollar activas políticas de exportación fueron alimentados durante esos años con sucesivas devaluaciones de la moneda local. Rápidamente la expansión monetaria que se generaba para cubrir la compra de divisas y el creciente gasto público se convirtieron en los alimentadores de una alta inflación que persistentemente deterioraba el poder de compra de los asalariados. Esta situación continuó hasta junio de 1985, cuando la tasa de inflación alcanzó su nuevo récord después del Rodrigazo (junio 1975), forzando a un cambio en la estrategia de política económica como fue el Plan Austral.

4. El Plan Austral y el dominio de los Grupos Económicos Locales

Este programa de “estabilización” de la economía determinó un tipo de cambio fijo de 0.80 australes por dólar luego de una drástica devaluación y de un cambio de signo monetario con la quita de cuatro ceros a la moneda. En relación con las políticas económicas que se implementarán en los noventa, puede entenderse a este esquema como

un antecedente parcial del actual Plan de Convertibilidad. Este plan también debe entenderse en función de su particular contexto, caracterizado por una creciente movilización del movimiento obrero iniciada en 1982 y que tuvo su punto más alto en la ocupación de la planta automotriz de Ford en 1985.

El lanzamiento del Plan Austral coincidió con la desocupación de la planta automotriz vía la movilización de tropas del Ejército que rodearon la planta e intimaron a su desalojo. En estas condiciones, puede verse al Plan Austral de junio de 1985 como parte del proceso de las tantas “treguas” transitorias en la agitada disputa para definir cuales serían los grupos de poder líderes dentro del poder económico. Retrospectivamente, podemos también destacar un punto central del Plan Austral en materia de la relación de los Grupos Económicos y el Estado. El hecho destacable en este sentido fue que las negociaciones sobre la política económica en ese momento se realizaron de manera directa con los grupos empresarios líderes, casi sin ninguna mediación de una clásica estructura corporativa de representación como en otros momento podía ser la Unión Industrial Argentina (UIA). El acuerdo pactado entre el gobierno radical y el sector de los denominados “Capitanes de la Industria” expresaba en parte el fenómeno de su avance directo sobre el Estado. Años más tarde, esta situación volvería a repetirse cuando durante el período de gobierno de Menem, al lanzar sus lineamientos centrales de desregulación y de privatización de empresas, se establece también con una negociación directa con sectores de poder económico, negociación que representó para Menem el aval del Consejo Empresario Argentino (CEA) a las nuevas políticas y su compromiso directo con el cumplimiento de las mismas.

5. La deuda externa y la política exportadora

La imperiosa necesidad del pago de los intereses de la deuda externa desde mediados de los ‘80 determinó que las principales líneas de política económica que impulsaron los organismos financieros internacionales (FMI, BID) tuviese como objetivo central el desarrollo de agresivas estrategias exportadoras y programas de capitalización de deuda externa por activos. En ese momento particular, se notó el importante peso de los Grupos Económicos Locales que se desarrollaron como líderes en la línea de negocios que implicaban la expansión del sector de los insumos industriales intermedios con un claro destino exportador. Esos fueron años donde crecieron dentro del sector industrial los grupos exportadores de productos vinculados a la siderurgia, el aluminio, la petroquímica, el papel y la celulosa, etc. En paralelo, durante este proceso perdieron su espacio histórico los sectores metalúrgicos y productores de bienes de capital. Asimismo, avanzaron los sectores del capital financiero internacional en la espera de establecer relaciones de fuerza más favorables a sus intereses. Un elemento importante dentro de esta disputa, era que parte del esquema económico con sesgo exportador tenía como contrapartida el presupuesto fiscal del Estado. Las transferencias de recursos a las empresas privadas con formato de fomento exportador operaban a través de diversas líneas de acción como ser: programas especiales de exportaciones, regímenes sectoriales especiales de exenciones impositivas, subsidios a las tarifas públicas, protección arancelaria a la competencia externa, regímenes especiales de promoción industrial, etc. Esto determinó intensas disputas entre las fracciones capitalistas locales y los principales grupos financieros internacionales acreedores del Estado Nacional, disputa expresada

respecto de quién se apropiaba de los recursos financieros generados por el Estado argentino. En junio de 1988, éste alcanzó su punto más importante cuando un vocero de los financistas norteamericanos, como el diario Wall Street Journal, denunció a dos de los principales grupos económicos locales Techint y Loma Negra bajo el rótulo de “emprendedores industriales hambrientos de subsidios y privilegios que siguen explotando al gobierno argentino”; esta fracción era definida periodísticamente por esos años como la “Patria Contratista” porque obtenía una parte sustancial de sus ingresos vía sus “negocios” con el Estado. La intensa disputa económica reflejaba obviamente que los recursos públicos resultaban cada vez más insuficientes para alimentar a ambos bandos capitalista. Esta dicotomía de intereses también se potencializaba en los altos rendimientos que tuvieron las emisiones de bonos en el mercado interno. Esta política de financiamiento tendiente a captar recursos financieros en un Estado con arcas vacías desarrolló lo que se conoció como el “Festival de Bonos” (1987/1988), otro hecho que sin duda es antecedente directo de la Argentina actual.

Así, la presión sobre los recursos públicos en simultáneo por parte de los acreedores externos, las concesiones a los grupos económicos locales y las superganancias de los especuladores que compraban los bonos del Estado, hicieron inviable nuevamente la política económica. La situación de disputa generó otra espiral inflacionaria.

6. La crisis fiscal y la crisis hiperinflacionaria

Desde mediados de los ochenta, el peso del endeudamiento externo se convirtió en un condicionante decisivo en la viabilidad de cualquier política económica. En abril de 1988, con un nuevo programa económico entrando en crisis (el Plan Primavera), determinó que Argentina “de hecho” dejara de pagar los intereses de la deuda externa como resultado de una incontrolable y grave crisis fiscal en crecimiento, aunque sin negar la idea de “ajuste” como esquema general de la política económica. En febrero de 1989 se rompe el esquema de venta de dólares en licitaciones del Banco Central, situación que desató una nueva ola de incertidumbre en los mercados, disparando el valor del dólar, proceso acompañado de una espiral hiperinflacionaria. Este hecho se vio especialmente agravado por un contexto político complejo, sostenido en la potencial inestabilidad ante un recambio electoral que indicaba el retorno al gobierno del Estado por parte del Partido Justicialista. Esta situación determinó una crisis terminal en la puja entre sectores capitalistas. El resultado de las elecciones de mayo de 1989 actuó como el desencadenante de una nueva oleada hiperinflacionaria que tuvo su primer manifestación en junio/julio de 1989. La hiperinflación arrasó con los ingresos populares y las extremas condiciones para los sectores populares generó una ola de tomas a supermercados con una gran participación popular limitada a la esfera de lo reivindicativo. La magnitud de la crisis social y el “vacío” de poder de la fracción gobernante determinó el recambio adelantado de Presidente. Para destacar el nivel de disputa dentro del poder político y económico, en ese año pasaron por el Ministerio de Economía seis funcionarios (Juan Sourrouille, Juan Carlos Pugliese, Jesús Rodríguez, Miguel Roig, Néstor Rapanelli y Erman González), tres por el radicalismo y tres por el justicialismo. Desde el punto de vista político y social, el gobierno radical había agotado toda credibilidad. En esa situación, Menem se presentó como el “peronista abanderado de los sectores populares”, prometiendo el salariazo y la revolución productiva.

Pero el nuevo gobierno Justicialista buscó rápidamente el consenso entre los sectores empresarios, hecho que se reflejó en la entrega sin mediaciones del Ministerio de Economía a un directivo del grupo Bunge & Born, clásico y tradicional símbolo del poder económico local. Ello abrió cierta expectativa en sectores de la pequeña y mediana burguesía sobre el posible retorno de un programa productivo. Sin embargo, al no haber lineamientos novedosos en materia de política económica, el Plan Bunge & Born entró rápidamente en crisis, situación que estalla plenamente con la “segunda hiper” en marzo de 1990.

De aquí en más, las estrategias serán novedosas y marcarán una directa subordinación al capital financiero de carácter especulativo. Su expresión fue el lanzamiento de un activo y acelerado programa de privatizaciones y de reforma del Estado que resultarán para el gran capital los “grandes negocios” de la década siguiente. Los primeros pasos en este sentido fueron los decretos orientados a la venta de los activos en manos del Estado con mayor potencial de rentabilidad (empresa públicas) a cambio de los ya devaluados títulos de la deuda externa. En simultáneo con el lanzamiento del proceso de privatización de ENTel (Empresa Nacional de Telecomunicaciones), en agosto de 1990, se reanuda el pago de intereses de la deuda externa.

Este momento histórico también aportó al modelo actual un cambio cultural económico que dará sustento a las políticas iniciadas con la Convertibilidad. Nos referimos a la movilización ocurrida en el comportamiento de los agentes económicos respecto de cambiar la moneda local de transacción por el dólar. La persistente hiperinflación (la tasa de inflación en 1989 fue 3.079% y en 1990 2.314%) exacerbó un comportamiento para ciertos sectores donde se destacaba una marcada tendencia a operar y ahorrar en dólares como garantía de reserva de valor. Esto determinó el basamento de una conducta dentro del campo burgués que se transformará en herramienta decisiva de modelo de Convertibilidad que se impondrá en marzo de 1991, determinando la completa resignación de la soberanía monetaria por parte del Estado. Finalmente, esta segunda crisis hiperinflacionaria terminó produciendo un quiebre en las alianzas sociales “históricas” y una profunda reestructuración en el bloque de poder, modificando drásticamente la estrategia del sector político. El Programa de la Convertibilidad se convirtió en el nuevo consenso del status quo burgués ahora asentado en un más reducido grupo de poder. Desde este momento, el sector de los políticos dio un paso definitivo dejando de ser cuadros orgánicos de la burguesía para convertirse en funcionarios del gran capital.

7. Conclusiones

La década del ‘80 conocida para casi toda América Latina como la “década perdida” no tuvo en Argentina su excepción, pero sí su particularidad. La inmediata inviabilidad de un programa reformista como el iniciado en 1983 tuvo apenas unos meses de vida. El contexto que le siguió tuvo como premisa la idea de la “economía de guerra” cuya expresión fueron las tensas disputas en materia de liderazgo económico, disputas que aún tuvieron que esperar casi una década para tomar forma acabada en un nuevo bloque de poder, liderado por el capital financiero más especulativo. El Justicialismo, que en el pasado había sido el garante del desarrollo del esquema Capitalista de Estado / Estado Benefactor expresado en la alianza populista, será a partir del 1989 el agente político y

social de una nueva alianza de poder que impulsará drásticos y violentos cambios en favor de la liquidación de la maquinaria estatal que resultaba el freno decisivo al proyecto del capital financiero internacional.

En corto tiempo, debarata las esperanzas del campo popular. Se inicia entonces un lento proceso de alza de masas, expresado en algunas movilizaciones y ciertos enfrentamientos masivos como el santiagueñazo. Pero en todo ello se advierte la falta de una organización política que permitiera poner algún obstáculo al avance del proyecto del capital financiero internacional, con sus gravísimas consecuencias sociales.

(Continuará)

La Comuna de París (4ª nota)

El 28 de mayo de 1871 los últimos luchadores de la Comuna sucumbían ante la superioridad de fuerzas del enemigo en la colina de Belleville. Así se cerraba la primera experiencia de poder obrero en el mundo.

Ya vimos en el número anterior las principales medidas de gobierno adoptadas por la Comuna de París que le imprimieron el carácter de clase al movimiento.

Carlos Marx, en “La Guerra Civil en Francia”, supo enfatizar a pocos días de la derrota el espíritu de los obreros parisinos.

“Maravilloso en verdad fue el cambio operado por la Comuna en París. De aquel París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastro... Ya no había cadáveres en el depósito, ni asaltos nocturnos, ni apenas hurtos; por primera vez desde los días de febrero de 1848, se podía transitar seguro por las calles de París, y eso que no había policía de ninguna clase. ‘Ya no se oye hablar –decía un miembro de la Comuna– de asesinatos, robos y atracos; diríase que la policía se ha llevado consigo a Versalles a todos sus amigos conservadores’. Las cocotas habían encontrado el rastro de sus protectores, fugitivos hombres de la familia, de la religión y, sobre todo, de la propiedad. En su lugar, volvían a salir a la superficie las auténticas mujeres de París, heroicas, nobles y abnegadas como las mujeres de la antigüedad. París trabajaba y pensaba, luchaba y daba su sangre; radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica, dedicado a forjar una sociedad nueva, casi se olvidaba de los caníbales que tenía a las puertas.”

A la hora de evaluar la correlación entre las fuerzas intervinientes en la sublevación y la construcción de la Comuna, Lenin apunta que “al principio se trató de un movimiento muy heterogéneo y confuso. Se adhirieron a él los patriotas, con la esperanza de que la Comuna reanudara la guerra contra los alemanes, llevándola a un venturoso desenlace. Los apoyaron asimismo los pequeños tenderos, en peligro de ruina si no se aplazaba el pago de las deudas vencidas y de los alquileres (aplazamiento que les negaba el gobierno, pero que la Comuna les concedió). Por último, en un comienzo también simpatizaron en cierto grado con él los republicanos burgueses, temerosos de que la reaccionaria Asamblea Nacional (los “rurales”, los salvajes terratenientes) restablecieran la monarquía. Pero el papel fundamental en este movimiento fue desempeñado, naturalmente, por los obreros (sobre todo, los artesanos de París), entre los cuales se había realizado en los últimos años del Segundo Imperio una intensa propaganda socialista, y que inclusive muchos de ellos estaban afiliados a la Internacional.”

Para Marx, “cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, los simples obreros se atrevieron a violar el monopolio de gobierno de sus ‘superiores naturales’, y, en circunstancias de una dificultad sin precedente, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz, con sueldos el más alto de los cuales apenas representaba una quinta parte de la suma que según una alta autoridad científica es el sueldo mínimo del secretario de un consejo escolar de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Hotel de Ville”.

Sigue Marx: “Y sin embargo, era ésta la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran

masa de la clase media parisina –tenderos, artesanos, comerciantes– con la sola excepción de los capitalistas ricos. La Comuna los salvó, mediante una sagaz solución de la constante fuente de discordias dentro de la misma clase media: el conflicto entre acreedores y deudores¹. Estos mismos elementos de la clase media, después de haber colaborado en el aplastamiento de la insurrección obrera de junio de 1848, habían sido sacrificados sin miramiento a sus acreedores por la Asamblea Constituyente de entonces. Pero no fue éste el único motivo que les llevó a apretar sus filas en torno a la clase obrera. Sentían que había que escoger entre la Comuna y el Imperio, cualquiera que fuese el rótulo bajo el que éste resucitase. El Imperio los había arruinado económicamente con su dilapidación de la riqueza pública, con las grandes estafas financieras... Los había suprimido políticamente, y los había irritado moralmente con sus orgías; había herido su volterianismo al confiar la educación de sus hijos a los frères ignorantins², y había sublevado su sentimiento nacional de franceses al lanzarlos precipitadamente a una guerra que sólo ofreció una compensación para todos los desastres que había causado: la caída del Imperio. En efecto tan pronto huyó de París la alta ‘bohemia’ bonapartista y capitalista, el auténtico partido del orden de la clase media surgió bajo la forma de Unión Republicana, se colocó bajo la bandera de la Comuna y se puso a defenderla contra las desfiguraciones malévolas de Thiers. El tiempo dirá si la gratitud de esta gran masa de la clase media va a resistir las duras pruebas de estos momentos”.

Sin embargo, aclara Lenin que “sólo los obreros permanecieron fieles a la Comuna hasta el fin. Los burgueses republicanos y la pequeña burguesía se apartaron bien pronto de ella: unos se asustaron por el carácter socialista revolucionario del movimiento, por su carácter proletario; otros se apartaron de ella al ver que estaba condenada a una derrota inevitable. Sólo los proletarios franceses apoyaron a su gobierno, sin temor ni desmayos, sólo ellos lucharon y murieron por él, es decir, por la emancipación de la clase obrera, por un futuro mejor para todos los trabajadores.”

“Abandonada por sus aliados de ayer y sin contar con ningún apoyo, la Comuna tenía que ser derrotada inevitablemente. Toda la burguesía de Francia, todos los terratenientes, corredores de bolsa y fabricantes, todos los grandes y pequeños ladrones, todos los explotadores, se unieron contra ella. Con la ayuda de Bismarck (que dejó en libertad a 100.000 soldados franceses prisioneros de los alemanes para aplastar al París revolucionario), esta coalición burguesa logró enfrentar con el proletariado parisiense a los campesinos ignorantes y a la pequeña burguesía de provincias, y rodear la mitad de París con un círculo de hierro (la otra mitad había sido cercada por el ejército alemán). En algunas grandes ciudades de Francia (Marsella, Lyon, Saint-Etienne, Dijon y otras), los obreros también intentaron tomar el poder, proclamar la Comuna y acudir en auxilio de París, pero estos intentos fracasaron rápidamente. Y París, que había sido la primera en enarbolar la bandera de la insurrección proletaria, quedó abandonada a sus propias fuerzas y condenada a una muerte cierta.”

(Continuará)

1. El 18 de abril, la Comuna publicó un decreto prorrogando por tres años el pago de las deudas.

2. Frailes ignorantes.

Las mujeres de La Comuna

La participación de las mujeres en la Comuna fue masiva. Ya vimos (Nº 2) cómo salieron a enfrentar a las tropas reaccionarias el 18 de marzo de 1871.

Un testigo de la época las describe: “Las mujeres eran como los hombres: ardientes, implacables, rabiosas. Nunca se mostraron en tal cantidad como en esos tiempos, desafiando el peligro y la muerte... ¡Qué arrojo sobre las barricadas, qué ferocidad en el combate, y qué sangre fría la espalda contra el muro y frente al pelotón de ejecución”. En esa época, en París las mujeres del pueblo vivían en la pobreza más extrema, donde, según decían entonces, “la miseria es cien veces más miserable que en otro lado”. Sobre 112.000 obreras, más de 60 mil eran costureras que ganaban salarios de hambre, y ello en un marco de profunda incompreensión del propio movimiento obrero francés acerca del trabajo y la condición femeninos.

En los últimos años del Segundo Imperio, varias mujeres provenientes de la pequeña burguesía o de la clase obrera habían adherido a la Primera Internacional y participado en primera fila de las batallas políticas y sociales.

Entre las mujeres más célebres de la Comuna, se pueden citar a Sophie Poirier, presidenta del comité de vigilancia de las mujeres de Montmartre; Nathalie Lemel, que había fundado años antes una sociedad de alimentos para proveer a los obreros comida a buen precio; y Louise Michel, el símbolo femenino de la gesta de 1871.

Louise Michel, llamada la “Virgen Roja”, fue maestra y luego directora de escuela en París. Gran oradora y redactora, colaboró con periódicos opositores y militaba en la Primera Internacional. En su búsqueda de aliviar la miseria obrera, fundó la Sociedad Democrática de Moralización, cuyo fin era convencer a las mujeres que el trabajo constituía la única solución a sus problemas materiales.

Su compromiso más firme con la militancia política lo daría con la Comuna. Participó en la toma de los cañones en las calles de Montmartre y el estallido revolucionario del 18 de marzo. Enfrentando a los soldados de Thiers, los espetó: “¿Acaso dispararán sobre nosotros? ¿Sobre sus hermanos? ¿Sobre nuestros maridos? ¿Sobre nuestros hijos?” No sólo se organizaron para socorrer a los combatientes, a los guardias nacionales, sino que participaron activamente en los enfrentamientos, en las tomas de decisión, organizaron una marcha de mujeres (frustrada) sobre Versalles y crearon la Unión de Mujeres para la Defensa de París y el Cuidado de los Heridos.

Por primera vez en la historia, las mujeres estuvieron asociadas a la suerte de una revolución: ejercieron funciones de electos municipales, intervinieron en el nombramiento de funcionarios públicos, requisaron alojamientos y talleres, organizaron la producción, lucharon por la afirmación de su papel de ciudadanas, se alzaron contra los intentos de conciliación que ellas mismas denunciaban como “actos de traición” y, a la hora de la derrota, se asumieron como “golpeadas pero no vencidas”.

El 24 de mayo, en plena batalla final en las calles de París, el diario “Le Vengeur” publicó un editorial de un viejo luchador: “He visto tres revoluciones y, por primera vez, he visto a mujeres metidas con resolución, a mujeres y niños. Pareciera ser que esta revolución es precisamente la suya y que defendiéndola defienden su propio porvenir”.

“Un mal inevitable”

En todas las revoluciones, al lado de los verdaderos revolucionarios, figuran hombres de otra naturaleza. Algunos de ellos, supervivientes de revoluciones pasadas, que conservan su devoción por ellas, sin visión del movimiento actual, pero dueños todavía de su influencia sobre el pueblo, por su reconocida honradez y valentía, o simplemente por la fuerza de la tradición; otros, simples charlatanes que a fuerza de repetir año tras año las mismas declamaciones estereotipadas contra el gobierno del día, se han agenciado de contrabando una reputación de revolucionarios de pura cepa. Después del 18 de marzo salieron también a la superficie hombres de éstos, y en algunos casos lograron desempeñar papeles preeminentes. En la medida en que su poder se lo permitía, entorpecieron la verdadera acción de la clase obrera, lo mismo que otros de su especie entorpecieron el desarrollo completo de todas las revoluciones anteriores. Constituyen un mal inevitable; con el tiempo se les quita de en medio; pero a la Comuna no le fue dado disponer de tiempo.

Marx, La Guerra Civil en Francia

Reflexiones sobre los años de la guerra fría

En este tiempo se ha alcanzado la máxima concentración monopólica de la historia del capitalismo, y también la mayor centralización política con predominio de las grandes corporaciones financieras. Se expresa así la vigencia de la contradicción fundamental del capitalismo en esta época: “Producción cada vez más social, apropiación cada vez más individual”.

A partir de la contradicción fundamental de la economía capitalista mencionada, se escalonan las contradicciones políticas del sistema, que también son antagónicas. Hemos aceptado desde antiguo como vigentes en nuestra época, la contradicción fundamental: burguesía-proletariado y la principal: imperialismo-pueblo.

Pero desde la guerra fría y hasta la década del ‘80, se impulsaba en la U.R.S.S. la tesis de que, a nivel internacional y a la par de la contradicción fundamental, actuaban tres contradicciones políticas antagónicas, y no solamente dos. A saber:.

- 1) Sistema socialista - Sistema capitalista imperialista.
- 2) Burguesía / Proletariado.
- 3) Imperialismo / Pueblo.

Esta tesis prendió en aquel entonces, en la mayor parte de los partidos comunistas del mundo. En Europa contribuyó a las deformaciones del eurocomunismo, y en América, muchas veces dichos partidos comunistas adoptaron actitudes contemplativas frente al poder.

Naturalmente que en esta tesis, la maduración de las contradicciones burguesía-proletariado e imperialismo-pueblo, habría de tener influencia en la resolución de la primera (sistema socialista-sistema capitalista), pero esta definición y el prestigio y la influencia política e ideológica de la URSS entre los revolucionarios, hacía que subyaciera en muchos de ellos el convencimiento de que la liquidación de esta última contradicción serviría para resolver definitivamente las otras dos, oscureciendo así el punto de vista de clase. El P.R.T. no fue ajeno a esta influencia que se expresó con fuerza luego de la derrota y el exilio.

De hecho, para los soviéticos lo central era resolver la contradicción antagónica entre los dos campos sin llegar al enfrentamiento armado. A partir de ello tomaba fuerza una visión casi idílica del desarrollo de la lucha de las clases que se podría expresar así: “Con el paraguas del campo socialista sería posible resolver pacíficamente las contradicciones imperialismo-pueblo y burguesía-proletariado”.

Los hechos posteriores demostraron que la confrontación sistema socialista-sistema capitalista imperialista, no sólo no era la principal, ni la primera que había de resolverse, sino que constituía una falsa antinomia. Estas posiciones constituían una expresión de la propia debilidad de la URSS.

En consonancia con este concepto, la URSS y muchos Partidos Comunistas que le seguían, sostenían que a partir de la Segunda Guerra Mundial había comenzado la batalla entre el socialismo y el capitalismo imperialismo por la “hegemonía a nivel mundial”, y que las fuerzas del socialismo habían atravesado ya la etapa militar, con el exitoso papel jugado por la URSS en dicha guerra y el desarrollo posterior que equilibraba el poderío de los EE.UU. Según esta idea, a partir de 1945, se estaba luchando por la hegemonía en los demás planos (económico, político, científico, tecnológico, cultural, etc.). Se sostenía

que el socialismo avanzaba permanentemente a nivel mundial y terminaría por imponerse “pacíficamente” al capitalismo-imperialismo.

Como decíamos más arriba, la historia demostró que estas manifestaciones eran sólo retóricas, que, pese a los logros de la URSS en el plano tecnológico militar y de investigación espacial (en este rubro estuvo a la cabeza del mundo en determinado momento), tal batalla entre los dos sistemas por conquistar la hegemonía mundial, no existía; que el mundo del siglo XX seguía siendo capitalista. Desde luego, ello quedó absolutamente claro luego del colapso del campo socialista europeo, incluida la propia URSS.

Por ese entonces, China y otros países asiáticos ya habían encarrilado la estrategia revolucionaria hacia un socialismo con más contenido nacional, aunque se vieron afectados en su desarrollo por el regreso al capitalismo de la URSS y la desaparición del llamado “campo socialista”.

Aparecieron entonces una pléyade de teóricos que anunciaron el fin de las ideologías, definiendo al capitalismo desarrollado como la culminación de la historia económica de la humanidad.

Las experiencias de socialismo real

Ya hemos publicado en esta revista las opiniones del Che sobre varios de los gruesos errores de la conducción soviética, que le indujeron a pronosticar su vuelta al capitalismo veinticinco años antes de que ocurriera, y somos conscientes de que es necesario —como lo dijimos en la referida nota— seguir analizando las causas que llevaron a ese desenlace. Los regímenes socialistas europeos —en sus errores y también en sus aciertos— dejaron nutridas enseñanzas que merecen ser aprovechadas por los revolucionarios.

Así como la Comuna de París había demostrado que, dadas ciertas condiciones, el proletariado podía conquistar el poder del Estado, la Revolución Rusa con Lenin a la cabeza, demostró en los hechos, no sólo la posibilidad de romper de a uno los eslabones de la cadena imperialista (revolución política), sino la factibilidad de instaurar y mantener el socialismo en un solo país (revolución económica).

Pensamos que, a pesar de todos los errores cometidos después de la muerte de Lenin por el PCUS y los sucesivos dirigentes revolucionarios, y lo infundado de sostener una inexistente disputa por la hegemonía, la URSS constituyó un verdadero laboratorio en el que se demostraron dos cosas: por un lado la viabilidad del socialismo y por el otro la necesidad de respetar sus leyes.

Pero, además, la URSS expresó en el plano internacional, la más sólida trinchera de lucha, desde la que se demostró que era posible contrarrestar temporalmente al poder imperialista en el mundo. Por otra parte sirvió de ejemplo para otros países que, aún hoy, se niegan a someterse a ese poder. Hablamos no solamente de las experiencias socialistas de China, Vietnam, Corea y Cuba, sino de otras posiciones políticas antimperialistas en el campo internacional.

Luego de la caída del socialismo europeo, los revolucionarios siguieron levantando las banderas del marxismo leninismo, dejando claro que el fracaso de una experiencia socialista no significaba la derrota del socialismo.

Con todo su poder, el capitalismo ha traspasado ya su punto de mayor esplendor, aquel en que la burguesía, no sólo había impuesto por completo su dominación, sino que concitaba

el apoyo de las masas populares en la mayor parte del mundo, porque encarnaba el sistema más avanzado de la humanidad.

Las leyes ciegas del capitalismo, la imposibilidad de resolver la contradicción fundamental, la concentración de la riqueza en muy pocas manos, la globalización con sus consecuencias: el empobrecimiento, la miseria, la falta de trabajo y de perspectivas para una inmensa mayoría, hacen que en la actualidad los pueblos cuestionen cada vez más al sistema y combatan sus más retrógradas expresiones, en cada uno de los terrenos, espontánea u organizadamente, con armas o sin ellas, demostrando que el mismo ha perdido consenso y ha comenzado a recorrer el camino de regreso. Desde luego, teniendo en cuenta que en la etapa actual en forma general las masas luchan (incluso por el poder) aún dentro del sistema y no contra él.

Cierto que la duración del proceso es impredecible pero estamos convencidos que, con avances y retrocesos, con viejas y nuevas estrategias, la lucha de los pueblos irá creciendo hasta acabar con el sistema capitalista.

REVOLUCION ECONOMICA REVOLUCION POLITICA

La revolución socialista es resultado del cambio de modo de producción, es decir que se llega a ella cuando los medios de producción han dejado de ser de propiedad individual para pasar a ser de propiedad social. Se trata de una revolución económica porque se habrán transformado las bases de la economía del país.

En los ejemplos que nos da la historia, sobre revoluciones socialistas triunfantes, ellas se han visto precedidas por una revolución política, mediante la cual la clase obrera y el pueblo han conquistado el poder del Estado, abriendo de tal manera paso a las transformaciones que conducirán a la revolución socialista. Este proceso se conoce como período de transición del capitalismo al socialismo.

Algunas veces, cuando el peso del proletariado en la alianza de clases que conquista el poder no es suficiente, la revolución política no puede avanzar hacia el socialismo, se estanca y puede ser derrotada, como fue el caso en nuestra América, de la frustrada Revolución Nicaraguense.

Lenin y la formación de cuadros
“Tareas urgentes de nuestro movimiento”

...Nuestro cometido principal y fundamental consiste en facilitar el desarrollo político y la organización política de la clase obrera. Quien relegue esta tarea a segundo plano y no subordine a ella todas las tareas parciales y los distintos procedimientos de lucha, se sitúa en un camino falso e infiere grave daño al movimiento. Relegan esta tarea, en primer lugar quienes exhortan a los revolucionarios a luchar contra el gobierno con las fuerzas de círculos aislados de conspiradores, desligados del movimiento obrero. La relegan, en segundo lugar, quienes restringen el contenido y el alcance de la propaganda, agitación y organización política; quienes estiman oportuno invitar a los obreros a intervenir en “política” sólo en momentos excepcionales de su vida, sólo en casos solemnes; quienes sienten excesivo afán por sustituir la lucha política contra la autocracia por la simple reclamación a la autocracia de ciertas concesiones, y se preocupan muy poco de que la reivindicación de concesiones parciales se transforme en una lucha sistemática e implacable del partido obrero revolucionario contra la autocracia.

“¡ORGANÍCENSE!”, repite a los obreros en los más diversos tonos Rbochai Misl, y con ella todos los partidarios de la corriente “economista”. Como es natural, nos solidarizamos por entero con este llamado, pero añadimos: organícense no sólo en sociedades de ayuda mutua, en cajas de huelga y en círculos obreros, sino también en partido político, para la lucha decidida contra el gobierno autocrático y contra toda la sociedad capitalista. Sin esta organización el proletariado es incapaz de elevarse hasta el nivel de la lucha consciente; sin esta organización el movimiento obrero está condenado a la impotencia; sólo con las cajas de huelga, los círculos y las sociedades de ayuda mutua, la clase obrera no conseguirá jamás cumplir su gran misión histórica: emanciparse a sí misma y emancipar a todo el pueblo ruso de su esclavitud política económica. Ninguna clase ha logrado en la historia instaurar su dominio sin promover a sus propios jefes políticos, a sus representantes de vanguardia, capaces de organizar el movimiento y dirigirlo...

Escrito a comienzo de noviembre de 1900.

Publicado en diciembre del mismo año en el N° 1 de ISKRA.

V. I. Lenin. Ob. Cit.T. IV. Pag. 374-379